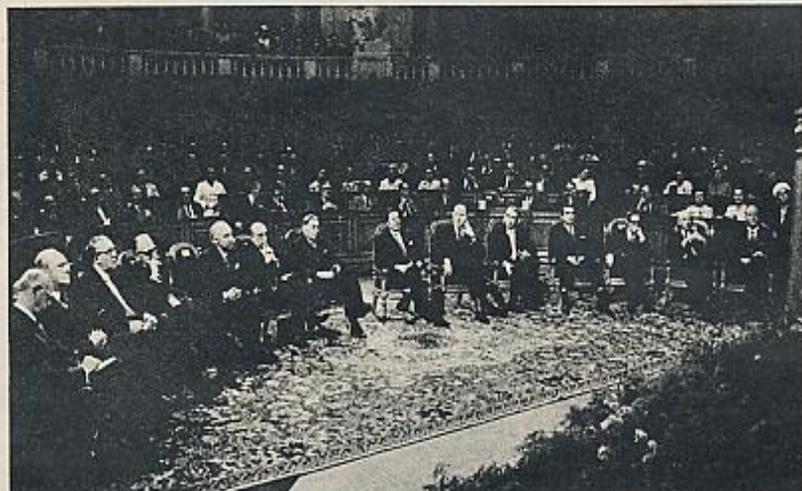


LA OTAN EN LISBOA



Los ministros de Asuntos Exteriores de los países pertenecientes a la OTAN, reunidos en Lisboa.

LA OTAN es una organización conservadora. Es su esencia, es su razón de existir. Nació para «salvaguardar la libertad, herencia común y civilización de sus pueblos, fundada en los principios de la democracia, libertad individual e imperio de la ley». Algunos de los países firmantes del Tratado faltaban ya a esa definición, algunos otros se han salido de ella con posterioridad, pero ello no ha debilitado la OTAN, sino que la ha reforzado. Por ejemplo, el abandono de la democracia, de las libertades individuales y el cambio de sentido en el imperio de la ley en Grecia, 1967, servía precisamente para mantener al país dentro de la OTAN, que los neutralistas querían abandonar, y las armas y los planes militares de la OTAN sirvieron para el golpe de Estado. Por otro ejemplo, los bruscos cambios interiores y las depuraciones que suceden en Turquía tienen un mismo significado. La doctrina de la OTAN no tiene, en realidad, ninguna importancia. Es un instrumento armado fundado con una finalidad concreta. Escuchemos al que hasta la semana pasada era su secretario general, el italiano Manlio Brosio, cesado a voluntad propia en la reunión que acaba de celebrarse en Lisboa: «Es, sobre todo, una organización de defensa y, en principio, de defensa contra la amenaza soviética. La guerra fría no es una invención de los pueblos libres; ha sido y sigue siendo aún la expresión y la consecuencia de la hostilidad implacable del mundo comunista contra el mundo libre occidental. El día en que verdaderamente esa hostilidad cesase, en el que se encontrase por consecuencia una solución equitativa de los problemas de la paz y de la seguridad en Europa y sobre todo en Alemania, entonces solamente podría la Alianza estar sobrepasada y envejecida, o transformarse, entregándose a otras tareas y, quizá, aceptando nuevos aliados».

EN cada nueva reunión, los personajes de la OTAN se dicen a sí mismos y al mundo que las circunstancias no han variado, y que no hay, por lo tanto, razones para disolver su alianza. Siempre hay una razón presente, llámese Hungría o Checoslovaquia, Oriente Medio o el Mediterráneo. Ahora, en Lisboa, se ha recuperado el viejo y continuado tema de Berlín. La prueba de que la Unión Soviética pueda haber disminuido en su «hostilidad implacable» sería un acuerdo rápido del problema de Berlín, que es más antiguo que la propia OTAN (bloqueo y puente aéreo en Berlín, 1947; Tratado del Atlántico Norte, 1949). Ese arreglo —y se dice que las negociaciones entre las cuatro potencias ocupantes «progresan»— sería la señal para la celebración de una conferencia de seguridad europea y para la retirada proporcional de tropas del centro de Europa. Podría decirse que el comunicado de dos mil palabras con que ha terminado la reunión de Lisboa no da ninguna respuesta positiva a la proposición soviética de retirada mutua de tropas, pero tampoco está demasiado claro. Al pasar por Madrid de regreso de Lisboa, el ministro belga de Asuntos Exteriores, Harmel, ha declarado que su país ha propuesto la reducción equilibrada de las tropas y ha señalado ciertos síntomas de «apertura».

UNO de los rumores con los que se especula es el de que Manlio Brosio ha abandonado su cargo para ocupar otro de gran delicadeza: el de «embajador» de la OTAN cerca del Pacto de Varsovia; a su vez, el Pacto de Varsovia enviaría otro diplomático con la misión de aproximarse a la OTAN. Este intercambio de «embajadores» tendría un carácter sensacional y establecería por primera vez relaciones directas entre los dos grupos militares adversos. No obstante, sería una rara deformación de los objetivos iniciales de la OTAN en tanto que instrumento militar, y señalaría su ya antigua tendencia a convertirse en un fin en lugar de ser un medio. La OTAN es un instrumento militar al servicio de un grupo de países y no parece que sea el indicado para negociar o tratar con el adversario. De la misma forma la idea de que el nuevo secretario general, Joseph Luns —ministro de Asuntos Exteriores de Holanda—, vaya a «intentar el acercamiento del Este y el Oeste» parece también fuera de lugar. El apaciguamiento (lo que se llama, disparatadamente, distensión, cuando en castellano significa precisamente lo contrario: distender es causar una tensión violenta) no debe proceder de los organismos militares, sino de las negociaciones civiles. Sería deseable que esto se produjese en la ONU, como verdadero parlamento internacional, donde todos los países puedan tener derecho a intervenir; pero, bloqueada la ONU como lo está, son aún aceptables las negociaciones bilaterales como las que están llevando a cabo los Estados Unidos y la URSS, y también otros países.

EN cualquier caso, confundir las armas con la guerra parece también una doctrina aberrante. La supuesta reducción mutua de tropas, como la reducción de armamento nuclear que negocian los Estados Unidos y la URSS en las SALT no son más que limitación mutua de gastos, depuración económica común. Y, en otro aspecto, un síntoma. O sea, una consecuencia. Las posibilidades de paz dependen de las negociaciones, del entendimiento entre los países considerados como hostiles entre sí; una vez conseguido, la reducción del nivel de armamentos es inherente. La suposición de que la retirada de tropas o la reducción de armas nucleares puede traer la paz carece de sentido. Precisamente las propuestas de retiradas de tropas, como la enmienda Mansfield o las declaraciones de Brejnev, se basan en que ese clima de apaciguamiento o de baja tensión existen ya, y esto es lo que difícilmente conviene a los dirigentes de la OTAN, a los creadores de una filosofía de la OTAN, o de su mundo cerrado, formado en veintidós años de organización (la OTAN tiene ya sus jubilados). Se habrá advertido en las anteriores declaraciones de Brosio que el día en que cese de considerarse la tensión en Europa como inexistente, la OTAN tendría que «transformarse, entregándose a otras tareas». Brosio no dijo nunca que tendría que desaparecer... Es en este sentido en el que puede decirse que la OTAN es una organización conservadora: en el de la conservación de sí misma y, por lo tanto, en la tendencia a ignorar o

e. haro tecglen

a no aceptar los signos visibles de apaciguamiento, que la dejarían sin función real, a menos que se transformase». La intención de transformarse, en el futuro, en el mecanismo de entendimiento entre el Este y el Oeste está ya visible.

PERO la cuestión no está solamente en su función de bloque frente a bloque, sino de bloque en sí mismo. Está claro que la reducción de tropas no se refiere más que a las tropas norteamericanas y a las soviéticas. Es en función de la hegemonía militar americana dentro de la Alianza —aunque sólo fuese por su inmensa superioridad en armamentos y hombres— como se debe ver la situación. Los países europeos no parecen muy dispuestos a sustituir con tropas propias las que Estados Unidos retirasen, ni los Estados Unidos están nada convencidos de que en Europa se mantenga, hoy, un elevado espíritu militar. Las disensiones entre los países aliados con respecto a la situación son notorias. Francia se retiró de la organización hace tiempo, aunque haya estado presente en la reunión de Lisboa —utilizando la sutil y no muy jurídica distinción de que una cosa es el Tratado, en el que permanece, y otra la Organización, de la que se retiró—, y Francia ha pretendido que las negociaciones Este-Oeste se hagan de país a país, ha prevalecido la tesis norteamericana de que se realicen de bloque a bloque. Grecia ha sufrido que llegue a la OTAN un comunicado de ciudadanos relevantes de nueve países de la Organización pidiendo que se la fuerce a «restaurar la democracia», y ello precisamente en términos de la OTAN: «Una Grecia fuerte dentro de la OTAN es preferible a una Grecia débil, pero desde 1967 las fuerzas armadas han debilitado a Grecia por las depuraciones, purgas y luchas internas, y la emasculación continúa». Portugal está en momentos difíciles interiores, y precisamente la inauguración de la OTAN ha sido señalada por las llamadas guerrillas urbanas de la Acción Revolucionaria —anarquista— con la voladura del principal centro de comunicaciones de Lisboa. En Turquía continúan las dificultades interiores, la acción guerrillera. Muchos Gobiernos presentes en la OTAN advierten ahora que sus dificultades mayores no proceden de la URSS ni siquiera de una subversión emanada de ella, sino de sus propios conflictos interiores. La idea de la constitución de Europa como una «tercera fuerza» no parece ahora muy segura.

JOSEPH Luns, el nuevo secretario general, es viejo partidario de una Europa supranacional, ha culpado más de una vez a Estados Unidos de haber debilitado a Europa —sobre todo, es su punto de vista, por haber precipitado las descolonizaciones y haber causado la pérdida de los imperios europeos, y muy concretamente el holandés—, pero, por otra parte, considera que la actual forma de los Estados Unidos es irremplazable: cree que «la seguridad europea no se concibe más que en relación estrecha con los Estados Unidos, en una integración cada vez más adelantada dentro de la OTAN». Suyas son, también, estas declaraciones: «Si pudiéramos elegir, nos gustaría, probablemente, más ver a Francia representando en el mundo un papel más preponderante que el que los Estados Unidos, pero somos realistas, y sabemos que las naciones europeas, separadamente, no pueden ya representar ese papel determinante». Joseph Luns es un hombre que conviene a los Estados Unidos en este puesto, como les convenía Manlio Brosio. Son dos «duros». Es decir, tienen el espíritu conservador y beligerante de la OTAN, quizá el único que pueda tener la OTAN mientras exista. Considerarles a ellos y a la organización como negociadores con los adversarios es irrelevante.



Las llamadas guerrillas urbanas de la Acción Revolucionaria —anarquista— aprovecharon la inauguración de la OTAN para volar el principal centro de comunicaciones de Lisboa.



GEORGY LUKÁCS

UN INCONFORMISTA

Uno de los cerebros más poderosos de Europa acaba de detenerse. Ha terminado en Budapest, a los ochenta y seis años de edad (nació el 13 de abril de 1885), la discutida y difícil vida de Georgy Lukács, agitada por los vientos de la Historia y del marxismo, dentro del cual fue acusado de revisionista y desviacionista, depurado por sus propias autocríticas, pero siempre inconformista y escasamente reducible. Su obra filosófica y de crítica literaria forma un enorme monumento que tiene la característica de ser igualmente sospechoso para los marxistas ortodoxos que para los antimarxistas a ultranza.

Lukács, vástago de una rica familia judía —su padre era director del Banco más importante de Hungría, el Kreditanstalt—, estudió en Heidelberg con Simmel y Max Weber y dirigió sus estudios hacia la estética y la crítica literaria. Aún en Budapest, había fundado un «teatro libre»; tras su paso por Heidelberg escribió sus dos primeros libros, «El alma y la forma» y «La teoría de la novela» (1916). En 1918 se inscribió como militante en el partido comunista húngaro de Bela Kun. No parece claro, por sus escritos y actuaciones posteriores,

que Lukács fuese entonces un verdadero comunista, sino que tenía «inclinaciones hacia el anticapitalismo romántico», que le había impresionado «el carácter imperialista de la guerra», las posibilidades abiertas por la revolución rusa y «una forma de ver el mundo que era al mismo tiempo claramente sindicalista e idealista». El partido comunista húngaro estaba recién creado, sus militantes procedían de otros movimientos obreros y políticos y, en consecuencia, las disonancias de Lukács no eran muy distintas de las de otros. En 1919 hubo una breve etapa comunista en Hungría (la posguerra, el hambre, la miseria y la decadencia intelectual habían minado el viejo régimen); Bela Kun tomó el poder y Lukács fue designado ministro de Cultura («comisario del pueblo para la cultura»). El régimen duró cuatro meses y, al caer, Lukács se vio lanzado a un largo exilio que comenzó en Viena, mientras Bela Kun se refugiaba en Moscú. Lukács pretendía la dirección del partido en el exilio, pero sus disidencias se hacían más visibles. En su revista «Kommunismus» tomó la línea de Rosa Luxemburgo frente a Lenin. Lenin, por su parte, consideraba tanto a Lukács